REALICIDIOS

(PRIMER BORRADOR)

Ángel Martín

LA MUJER ELEFANTE

Tras una corta pero tormentosa adolescencia, Muriel finalmente triunfó en la vida al convertirse en una exclusiva A.E; es decir, Acompañante Ejecutiva, o sea una prostituta de lujo, o, como lo prefieren los obscenos, una puta cara. Irónicamente, tras su accidente feroz, lo único que le deja algún sustento para vivir es, precisamente, su puta cara.

Los hechos se sucedieron vertiginosamente. Todos los viernes, Muriel era contratada por Freddy Mayo, famosos automovilista retirado y célebre juerguista, dueño de una estancia en Pueblo Purgatorio. Freddy acostumbraba bajarse un fernet con Viagra de un trago y luego pasaba a buscar a Muriel. No la llevaba a ningún hotel alojamiento, sino que la paseaba toda la noche por la ruta a una velocidad excesiva, alucinante, mientras ella le practicaba sexo oral cada cuarenta y cinco minutos. En uno de esos imprudentes viajes, Freddy, a punto de eyacular y cruzar la barrera del sonido simultáneamente, omitió una luz roja que venía de frente confundiéndola con una whiskería de ruta y terminó incrustando su coche debajo de un camión acoplado. El conductor de este vehículo tampoco iba a la velocidad apropiada, ya que estaba deseoso de encontrar una mina al costado de la ruta para justificar su jornada laboral.

Freddy se dio un buen golpe, pero las bolsas de aire lo salvaron del choque. Sin embargo Muriel, que le estaba practicando sexo oral de acuerdo al contrato, no salió tan bien del impacto. Su nariz se pulverizó a la vez que sus

dientes se cerraban con fuerza alrededor del miembro de Freddy.

Tras el choque, el automovilista bajó de su auto, feliz por no haber perdido el sentido y se sentó en el medio de la ruta. Cerró los ojos un momento y lo acometió un gran cansancio. La verdadera felicidad, la cual no habría de notar, fue que murió desangrado sin tener conciencia de que su pene había sido seccionado por la dentadura de Muriel.

La acompañante, mientras tanto, intentaba salir, presa del dolor y la confusión, pero conciente de su rostro desfigurado.

La llevaron al hospital donde los doctores vieron con una fascinación lindante con el horror no sólo que la nariz de Muriel había desaparecido, sino que el pene de Freddy, arrancado de cuajo, se había incrustado sobre los labios de Muriel. No obstante, esta calamidad había impedido un coágulo en las vías respiratorias de la acompañante que la habría asfixiado. Para asombro de todos, la joven, en aquel momento inconciente, continuaba respirando acompasadamente a través del orificio del glande. Los doctores, carentes de experiencia suficiente, y ansiosos por una dosis de morfina, resolvieron no efectuar cambios sobre el rostro de la muchacha ya que parecía estar evolucionando con increíble rapidez. Cuando le contaron lo ocurrido se horrorizó y por ese motivo Muriel abandonó el hospital cubriendo su rostro con un velo y sin desear tener noticias de un médico nuevamente.

Una vez en su casa rompió todos los espejos para evitar contemplarse siquiera

accidentalmente, le perturbaba la idea de saber que en medio de su rostro colgaba, escuálido y arrugado, el pequeño miembro de Freddy en lugar de su bella nariz. No pasó mucho tiempo hasta que se quedó sin clientes. Contrario a lo que todos creen, la depravación sí conoce límites.

Sumida en la miseria y la deformación apareció un hombre, no dispuesto a salvarla, sino más bien a explotarla con el pretexto de darle una mano. Carente de expectativas, Muriel aceptó y el hombre la condujo hasta su negocio, una feria ambulante de monstruos. Todas las tardes el hombre la presenta con gran alboroto, entre el hombre manteca y el niño iguana. La multitud se horroriza un segundo cuando Muriel se desprende de su velo, pero en seguida comienzan las risas y los comentarios crueles a la vez que unos niños le tiran maníes confundiendo el pene de Freddy con la trompa atrofiada de un elefante. Muriel se planta firme sobre el escenario, en silencio, soportando esta humillación a diario. Si yo no albergara cierto respeto por las desgracias ajenas, sin duda, me uniría a ellos.



ÁFRICA

Mamá perdió todos sus ahorros en una mala inversión. No teníamos ni para comer. Me arrancó los ojos y los cocinó en una sartén. No soportaba la idea de tener que dejarme morir de hambre. No estábamos en África.

▫

LA REALIDAD ES UN CRUJIR DE DIENTES

Por aquel entonces tenía un mejor amigo. Se llamaba Iván. Una tarde le dije:

—Ya no sé que hacer, estoy cagado.

Me miró de reojo.

—Siempre tan melodramático vos—. Me sirvió una copa de vino— ¿Por qué mejor no decís lo que querés decir?

—Muy bien —. Sorbí un buen trago de la copa, aunque no me hacía falta realmente: ya estaba borracho. —Estaba empeñado en enamorarme. De una vez y para siempre. Salí con un par de chicas, terminé por negarme a llevarlas a la cama. Me parecían bastante tontas y yo prefiero la estupidez en un cabaret.

“Sin embargo, el mundo es mundo y sus posibilidades resultan infinitas. Finalmente conocí a una chica en la facultad bastante centrada. Una de esas que saben bien lo que quieren o al menos lo aparentan bien.

— ¿Y cómo se llama? —Me interrumpió Iván.

—No es importante su nombre. Más importante me parece recalcar su determinación y su concepción del mundo.

Iván sorbió su copa en silencio, irritado por mi falta de respuestas.

—La primera vez que la vi ninguna emoción se despertó en mí. Si bien entraba dentro de los parámetros de belleza socialmente aceptados, descreo del amor a primera vista. Eso se llama calentura.

“Pero el tiempo transcurrió y yo me dejé arrastrar por la corriente. Coincidimos en

reuniones que me aburrían bastante, pero cada vez que ella esgrimía una opinión no encontraba nada realmente negativo. Como sabemos los puntos de vista están ligados irremediablemente a la subjetividad y a través de las cosas que uno dice puede discernirse el egoísmo o la manía del otro. Digamos que su subjetividad estaba libre de estos conceptos nefastos.

“Así que antes de darme cuenta estaba enamorado.

“Si he de precisar el momento exacto digamos que fue una tarde que salí de tu casa terriblemente loco para asistir a una reunión en la facultad. Estaba furioso por el comportamiento de algunos profesores y de repente me escuché a mi mismo esgrimiendo mis opiniones basadas en impotencia y envidia. Un espíritu sumamente cuestionable.

“Sonrió ante algún comentario despectivo que hice hacia algún colega y me dijo:

—Ángel, vos y yo deberíamos sentarnos alguna tarde a charlar…

“¡Dios! ¡Si hubiese percibido que le estaba hablando a un neurótico! Claro que deberíamos charlar, no obstante mis sentimientos de cercanía se fueron haciendo más evidentes vi como ella retrocedía lentamente.

“Finalmente, cuando una tarde nos sentamos a charlar en un café vino con una amiga. Una pobre energúmena, solterona, de un pueblo cercano y sin más interés aparente que modificar el sistema educativo como medio para cambiar el mundo. Nada más ingenuo. Nada tan poco interesante.

“Pero bueno, yo solamente estaba ahí por ella. Quería estar cerca de ella. Estaba a punto de decírselo, ya no lo soportaba más. Ni siquiera me importaba lo que podría llegar a pensar su amiga.

“Me interrumpió el zumbido de su celular. Atendió la llamada y mientras la amiga me comentaba no sé qué estupidez sobre un proceso dinámico no podía dejar de observarla. Se puso de pie mientras intentaba simular que me encontraba manteniendo una charla mientras intentaba captar las palabras dulces y suaves que enviaba a través de las ondas que se difuminaban en el aire.

—Un besito para vos también.

“La última frase la oí sin interferencias. Por algún motivo fue tan chocante como cuando intentás hacer una llamada y te sale la voz de una máquina diciendo que no se tiene autorización para realizar la llamada.

“Ella volvió a ocupar su lugar. Había algo raro en su mirada. Alegría, sin dudas.

“La conversación sobre la reforma del sistema menguó inevitablemente para dar paso a situaciones más cotidianas. Dije algo sobre literatura porque mi cotidianeidad parecía limitarse a eso. La amiga perdió el hilo enseguida y a pesar de mis intentos por continuar sobre ese eje, ella, deliberadamente, cambió de tema para incluirla. Sé que no fue por falta de interés pero digamos que aquí se nota una interesante dicotomía entre nosotros y, quizás, el motivo principal por el cual me atraía.

“Vos sabés bien que soy una clase de tipo que se rehúsa a las relaciones sociales. Tengo pocos

amigos que varían de acuerdo a mis estados anímicos.

—Gracias. —Dijo Iván mientras llenaba otra vez mi copa.

—Pero ella no. Ella parecía nutrirse de estas conexiones humanas, algo imposible para mí. ¿Cómo puede uno no encontrar tenebrosamente bello algo ajeno a su naturaleza?

"Pensemos en la luna. Siglos enteros el hombre la ha admirado por su similitud con la tierra y a la vez por sus grandes diferencias. Es natural en los hombres asombrarse ante lo imposible, lo distante.

—También podemos pensar en el mar. En la Edad Media los europeos creían que sólo ellos formaban parte del mundo y lo veían como una frontera tenebrosa que ocultaba maravillas. —Agregó Iván.

—Por supuesto. Así que las sensaciones que me perseguían no eran nada especiales. Humanas, meramente humanas.

—Obviamente. Uno no puede rehuir de su propia naturaleza.

—Ajá, y después comenzó a mencionar a su novio. No sólo era parte de su cotidianeidad, además era un mecanismo de defensa. Sé que suena paranoico, pero no deja de sonarme lógico.

"Las mujeres son sumamente perceptivas y al mencionarlo simplemente estaba aniquilando mis esperanzas. Mencionó que se iban a casar pronto. No dijo cuando, pero ese pronto estaba bastante cercano.

—Claro que te voy a invitar, Sol… —Dijo a su amiga con una sonrisa.

“Yo me quedé en silencio. Quise decir algo y hablé sobre el clima. Terrible error. Cuando uno no sabe qué decir habla sobre el tiempo. Es por eso que la gente de campo está tan adiestrada en meteorología.

“Después la amiga se retiró. Tenía que tomar un colectivo.

“Y quedamos
sólo nosotros dos
terminando nuestros cafés
conociendo el significado del silencio.

“Teníamos que hablar de algo, pero ella sabía que no había mucho de qué hablar. Moría de ganas por encender un cigarrillo y le comenté que desde que me contó lo mucho que le desagradaba el olor del tabaco había dejado de fumar.

Iván soltó una corta carcajada.

—Sí, ya sé, es una boludez. Más leña al fuego. Pero era cierto. Estuve cinco días sin fumar ni experimentar más irritabilidad que la de costumbre. Es extraño lo que llega a hacer el amor.

—Entiendo, entiendo. Te hace cambiar. Pero mirá, yo también me sentía para la mierda conmigo mismo hasta que conocí a Mariela. Si bien todavía no pude dejar los vicios del todo… —Elevó su copa al aire. —puedo sentir que me complementa. Además ella también es muy inteligente y capaz y determinada. Lo que tira abajo tu apreciación sobre las mujeres contemporáneas. No todo el mundo es idiota, es cuestión de insistir.

No pude reprimir una carcajada amarga.

—Por eso te digo que estoy cagado. No tengo ganas de insistir. Siento que ella representa el súmmum de mi búsqueda…

Iván dio un largo trago a su copa.

— ¿Sabés todo lo que te falta sufrir para llegar a tanto? Yo descreo absolutamente de los consejos, pero como mantenemos una cercanía me veo obligado a decirte que la desesperación también es cosa pasajera.

—Ojalá. —Murmuré entre dientes. Alcé mi voz un poco más: —Pero por el momento éste es el lugar donde me encuentro. Incluso cuando escribo no puedo escribir sino sobre ella.

—Y bueno, seguí escribiendo. Eso es lo que hacés, lo que te define, ¿o no?

—Sí, pero esto de la inspiración me rompe las bolas.

—Así que estás inspirado. —Replicó Iván no sin sorna.

— ¡Y cómo! Hasta tuve el coraje de leerle uno de mis escritos recientes, sin mencionar que era para ella por cierto, pero sintiéndome terriblemente nervioso a medida que las palabras surgían de mi boca.

— ¿Y ella cómo reaccionó?

—Me dijo que le gustó. Siempre estuve buscando el reconocimiento en los otros, pero que ella me lo haya dicho me sonó como una sentencia. Algo del tipo “serás un poeta o serás nada”.

—Sí, loco, estás trastornado. Pero, ¿quién no enloquece por amor?

—Ya sé, ya sé, no soy especial. Es una estupidez pretenderlo por mi parte. —Vacié mi copa de un trago, tomé la botella y volví a servirme. —Por eso mismo no quiero intervenir

en su vida. Además ella ya tiene alguien especial. Se llama Iván también. —Sorbí un trago. —Es bastante mayor que ella, casi una década. Pero es un tipo tan confundido como yo y que sin duda la merece más que yo.

— ¿Te parece? ¿O será que finalmente te volviste un conformista?

—Jaja, no. En la mayor intimidad que me brindó, después que su amiga se fue, hizo un breve repaso de su vida. Llena de problemas como cualquier otra vida. Dijo algo sobre el ámbito familiar conservador religioso en el que había crecido y su necesidad de desligarse lo antes posible de ese entorno. El casamiento le parecía la salida más adecuada, a pesar de las inseguridades de este otro Iván las cuales no pudo evitar mencionar.

—Ah, la inseguridad. Otro sentimiento humano que sólo pueden llegar a experimentar las gacelas y cebras de África mientras las observa el ojo de las fieras.

— ¿Discovery Channel?

— Documentales de Canal 7, ahora que el mundial se juega en Sudáfrica la televisión pública está embelesada por ese continente miserable.

Carcajeamos al unísono como las bestias que éramos.

—Igualmente, tengo que decir que conseguiste lo que querías.

— ¿Te parece?

—Claro, dijiste que lo que querías era enamorarte y lo conseguiste. Después, las consecuencias sólo son consecuencias.

Sonreí mientras terminaba mi copa.

Finalmente una buena compañía parecía haberlo resuelto todo. Cuando uno tiene urgencia por decir algo no hay nada tan reconfortante como hallar un buen oído. Y la verdad que a Iván se le daba bastante bien eso de escuchar. O al menos lo simulaba bastante bien.

—Yo también me voy a casar. —Dijo Iván al fin. Me extendió un sobre blanco.

— ¿Sabés? Esta es la segunda invitación a un casamiento que me dan en el día. La primera fue de ella, y ni bien se fue la hice un bollito y la tiré a la basura. No quiero seguir comiéndome la cabeza.

Y mientras hacía este comentario despreocupado abría el sobre con cuidado. Cursivas doradas formaban el nombre de Iván y su futura esposa, Mariela. Debo haber experimentado envidia una vez más.

En el ámbito académico siempre está la costumbre de referirse al otro por su primer nombre y cuando noté que Mariela era el segundo nombre de la amada de mi mejor amigo lo comprendí todo.

Es un mundo pequeño realmente.

—Así que se casan en el golf. —Comenté simulando alegría. Iván enseñó una sonrisa. Creo que dijo algo más pero yo continué en silencio asintiendo cuando me parecía que era adecuado hacerlo.

En cualquier caso nuestra amistad acababa de morir.

Sólo somos humanos, Iván.



PAZ Y AMOR

Así que la vi llegar otra vez, parada frenéticamente en la misma esquina mirando siempre lo mismo, como si su vida entera y la de todos a su alrededor estuviese detenida. No era sorpresa encontrarla así, no era la primera vez que la veía, y tampoco era la primera vez que ella me veía a mí. Nos conocíamos, y de eso hacía ya bastante tiempo. Viejos conocidos, como diría Poe, solo eso y nada más.

Un fugaz estallido amenazó mi mente, un segundo de coherencia que iba más allá de cualquier exclusión temporo espacial, sacudió violentamente mi interior, con preguntas y deseos y rechazos y muchas otras cosas imposibles de explicar. Demasiadas cosas.

Me pregunté si al cruzarla estaría bien decirle algo por mi parte, o si bastaría con agitar mi mano frente a ella en señal universal de saludo, como parte de aquel extraño ritual del gentil arte de hacer conocidos.

También me pregunté por qué razón no saludarla de aquella manera tan gentil y harto conocida, si al fin y al cabo era solamente una conocida. Una mujer más entre los millones y millones de intolerables individuos que componen el retorcido género humano, como diría Poe, solo eso y nada más.

Di un paso más, inevitable y monótono, acercándome cada vez más a ella, como casi todos los días en que tomaba ese camino.

Recordé la vez en que la conocí. Había sido en una fiesta que habían dado en la casa de unos amigos, la familia R., y como por casualidad nos pusimos a charlar muy cómodamente de

un grabado de una pintura de caracteres góticos y muy sombríos cuyo autor he olvidado. El humo y el sonido cálido y amable conspiró para que relatase una historia del autor de aquella obra, yo no prestaba atención sin embargo, estaba cautivado como un imbécil con su manera de hablar, tan cuidada y femenina, tan sensual, casi felina. El traje en el que estaba metido me hacía sentir minúsculo, me miré a mí mismo, pensando que de repente, en medio de toda esa fiesta, como por arte de magia, el traje comenzaría a achicarse y mi cuerpo saldría de su espacio y yo quedaría reducido a un montón de harapos que se pasearía por la habitación bajo la mirada de reproche de todos los presentes. En ese momento ella soltó una carcajada, igual de femenina; por un momento temí que aquellos estados hubiesen escapado de mi boca como conejos asustados y mi estupidez le resultase tan patética que no pudiese reaccionar de otra manera que riendo. Sentí una vertiginosa oleada de odio hacia ella por reír de mi sensación de miseria, tuve la extraña necesidad de matarla. Sin embargo esa nube se evaporó al comprender no solo que yo no había pronunciado palabra alguna sobre mi inconsciencia sino que además descubrí que estaba contando un anécdota “graciosa” que no alcancé a oír pero de la que reí igualmente con mi gracia apócrifa.

No volví a cruzarla el resto de la fiesta, la evité como un supersticioso evita los gatos negros o pasar por debajo de una escalera.

Ahí terminó aquella escena extraña de la obra tragicómica que es mi vida y al parecer,

aparentemente inconexa con el resto de mi humanidad y su realidad, se alejó corriendo bajo la lluvia de mis pensamientos, tal vez con el agua de las ideas malpensadas escurriéndose por su rostro y golpeando su mirada, tal vez con un periódico sobre la cabeza para protegerse como en las películas norteamericanas.

No fue así sin embargo, eso me pareció (me parece, en este preciso momento en que estoy a punto de cruzarla) terrible. Yo la saludaría con mi cordialidad hecha especialmente para ella, temiéndola y amándola al mismo tiempo. Amándola como un idiota, como la primera vez en que la vi en aquella fiesta, como la primera vez que me dirigió sus suaves palabras, despreocupadas. ¡Qué tragedia sería para ella saber que sus palabras me habían embrujado de un amor ciego! Yo, un ser despreciable y miserable, enamorado de ella, tan gentil y dulce que me había hablado a mí, un total desconocido, despreocupada y abierta, totalmente desinteresada. Yo no valía nada, ella no era mujer para mí, y lo sabía, por eso deseaba estar muerto a volver a verla.

Sin embargo era inevitable cruzarla.

Tal como era inevitable que ella sea la víctima de mis emociones megalómanas, tan delirantes de grandeza, que me poseían.

Aún así yo sabía que ella desconocía todo acerca de mi persona excepto unas pocas cosas que yo mismo le había revelado en aquella reunión de conocidos y amigos, eso mismo era lo que despertaba mi temor hacia ella, la posibilidad de que ella descubriese quién era yo en realidad, a qué me dedicaba, mi humilde posición social, la falsedad de mi vestimenta (la

cual la mayoría de las veces era la misma, un simple traje oscuro que no tenía nada que decir, con una corbata marrón y una camisa blanca también mudas), el hecho de que yo me encontrase en aquella fiesta como invitado de segunda categoría, ya que, en efecto, yo había sido invitado, el dueño de la casa había mencionado mi nombre y apellido completos, aunque en realidad para encargarme de pasar una bandeja entre los invitados "verdaderos". Por favor, no discriminemos ahora, uno es invitado cuando solicitan su presencia en el lugar en cuestión. Si hubiesen llamado a mi lugar de trabajo en busca de un mozo cualquiera y yo hubiese acudido no sería un invitado, sino un tipo cualquiera ejerciendo su trabajo. Pero yo conocía al dueño de la casa y me tomé un descanso, y casualmente terminé hablando con ella.

Ella nunca supo que yo estaba ahí trabajando, porque como mi turno era corto y ya estaba terminando después de haber charlado con ella tuve la suerte de mi lado al intentar no cruzarme en su camino. Yo no soy uno de esos caraduras que hablan con cualquier mujer y después piensan en sus medidas para ver si entran en su cama, por eso mismo no intenté volver a cruzarla cuando todo terminó.

Doy un paso más y me siento cada vez más cerca de ella, gira su cabeza hacia mí, estoy a punto de levantar mi mirada hacia ella, sonreír y levantar la mano en un gesto mecánico que parece estar compuesto más por engranajes que por músculos.

No quiero pensar más en ella, ella no es para mí, la amo ciegamente y no sé por qué, el amor

estará vedado para mí de ahora en más. Vuelvo a pensar en ella, y veo con asombro que nunca pensé en ella de manera sexual ni me importa hacerlo ahora. Ella es inalcanzable, simboliza el final de la guerra que hay en mi interior y en mi vida desde el comienzo de mis días, la paz y el amor para alcanzar la plenitud que nunca pude imaginar pero que ahora siento cerca pero inalcanzable desde el momento en que la conocí.

Stop.

Un segundo, la incertidumbre, la razón me atormenta. ¿Y si aquella manía de amor no fuese más que un delirio causado por la exposición a sus bellezas que me eran desconocidas? ¿Si no fuese amor sino atracción porque para mí era un ejemplar único por estar caminando siempre entre mujeres vulgares llenas de costumbres reprobables y horribles que parecían deformes en comparación a ella? ¿Acaso no sería que yo me estaba comportando como el coleccionista que de pronto encuentra la pieza más increíble para su colección?

Tal vez.

Tal vez.

Tal vez.

No lo creo. Sé que la amo pero la idea de que ambos compartamos ese sentimiento es tan descabellada como la idea de que el engendro de Frankenstein se enamore de una dulce niña rubia que acaba de cumplir quince años pero que es todo una señorita ubicada en la aldea del “Había una vez…”.

Soy una basura, y soy aún peor por condenarla a este martirio hecho por el amor

que siento por ella, al hacerla víctima. Quiero hacerla feliz, aunque ella nunca lo sepa. Así que simplemente me quedaré en silencio, para que no sepa su condición de mi víctima de amor y mi condición de enamorado.

Mi mano con la palma extendida en universal señal de saludo está extendida a la altura de mi cabeza, la cual inclino levemente, pensando en concentrarme en mi camino solamente, pero sin conseguirlo.

Algo se interpone en mi camino.

Es ella.

Me detiene. No dice nada. Su silencio es una cálida puñalada en la espalda de mi corazón confiado y traicionado.

Ella sabe todo, no sé como, pero lo sabe. Me mira con esos ojos tan dulces y llenos de suavidad que miraban aquel cuadro en aquella fiesta. Todo es muy lejano y confuso. Un momento de paz.

Entiendo.

En una ciudad hay mucha gente que suele parecerse.



NO TITULO

El asunto de Pier siempre me pareció una lástima. Era un excelente pianista hasta que sufrió un desengaño amoroso.

Se pasó una semana improvisando frente a su piano, ya no sentía siquiera sus dedos, los cuales se habían rasgado, habían sangrado y por los que se gestaron infecciones purulentas. No llegó al extremo de perder sus manos, pero

no volvió a sentir las vibraciones de la música y sintió que ya no podía más. Hizo una no despreciable fortuna y decidió que lo mejor sería dejar de sentir.

Mirá. Ahí viene cruzando la calle apurado. Ya le tengo lista su dosis.



SORTILEGIO DE ALGUNA CLASE

Cuando Danilo rebotó con Andrea se sintió incómodo y hasta un poco avergonzado de si mismo. De un día para el otro las bromas que se habían vuelto picantes hasta el momento del rechazo permanecían ausentes de la corta comunicación que establecían.

Se limitaron a un

-Buenas noches.

- Buenas noches. ¿Alguna novedad?

-Ninguna.

Ella cedía su puesto y al cuarto día Danilo fue el único que murmuró:

- Buenas noches.

De despedida, mientras la veía alejarse apresurada.

Luego solamente comenzó a verla cuando se alejaba para memorizar las curvas con que se masturbaría aquella aburrida noche.

-Me la cogí. –Me dijo Danilo unas tardes después. No le contesté nada, estaba mintiendo.

A los pocos días decidió que ya no quería ese trabajo, le molestaba llegar a la parte del

-Buenas noches.

Así que aquella noche lo omitió y omitió también cumplir con su papeleo nocturno. Dejó la oficina echa un chiquero. Una noche intentó entrar con un travesti y un cerdo, pero entonces lo despidieron.

A la semana me contrataron a mí. El mismo turno. Conocí a Andrea quien no tardó en embelesarme y mis gestos amables y simpáticos me impulsaron a preguntarle:

-¿No sería bueno que tomemos un café?

No sólo estábamos en verano…

-No, gracias, no me gusta el café. Además yo no hago ese tipo de cosas, tengo una relación hace cuatro años, estamos juntados. La verdad no quise confundirte, tendría que habértelo dicho antes.

Con una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza comuniqué mi comprensión. Me sentí un tonto.

Ella me cedió su lugar y enseguida se marchó.

Había olvidado al menos un

-Buenas noches.

siquiera cortés.

Ahora no tengo muchas ganas de trabajar. Me quedo dormido sobre el escritorio. Me compro una botella de licor barato. Quiero un travesti y un cerdo… No… Mejor, quiero un cerdo vestido de mujer y un travesti con hiperobesidad y toneladas de comida chatarra para llenar sus hocicos hasta atragantarlos y que me inunden la oficina con el rechazo de sus propios sistemas digestivos saturados.

Creo que voy a renunciar.

Supongo que Andrea ya lo sabe.



LOS INOCENTES TAMBIÉN SE RESIENTEN

Las personas simples no pueden evitar realizar actos simples. Son lo más cercano a la naturaleza que existe en el género humano. Compárese con las fieras salvajes que habitan en una jungla, si tienen hambre devoran otro ser vivo, no hay mayor simplicidad que esa.

Otra analogía, un joven borracho enciende una bola de fuego con sus poemas manuscritos y los deja caer sobre las calles de un pueblo que le da la espalda. Un acto muy simple dadas las consecuencias, agreguémosle una camioneta con luces azules de donde baja una patota aún más simple.

Contra la pared.

¿Qué estás haciendo? ¿Te gusta prender fuego las cosas? ¿No sabés que te podés llegar a mear en la cama?

Las preguntas son cada vez más confusas y estúpidas, hasta llegar al improperio llano o las básicas amenazas.

A este vamos a encerrarlo con el violador.

Uno se pregunta la finalidad de este desperdicio dialéctico, y avivado el coraje intenta participar.

Ustedes sí que están al pedo, perdiendo el tiempo conmigo en lugar de ir a incautar merca para revenderla.

Hay un silencio. La simplicidad es reacia a la mera complejidad etílica.

Que se jodan. Pobres. No saben una mierda. No tienen la más mínima idea.

Pero hay algo muy importante en toda esta cuestión, y es que a la simplicidad no le gusta quedar al descubierto.

Un golpe en la nuca y un intento fallido por morder una pared. Un corte interno en el labio, la lengua apretada por las encías cariadas.

Te quedás callado.

Es una orden. ¿Una orden? ¿De quién? Hay algo horrible que se llama soledad y que los humanos apenas alcanzan a comprender. Este debe ser el principal motivo por el cual se reproducen, y vuelven un acto que debería ser la cúspide de los logros individuales, una burda comedia ligada a la falta de información sobre el control de la natalidad.

Otro golpe, esta vez es un bastonazo en las costillas. Bendito alcohol que trae la insensibilidad del sistema nervioso. Mañana va a doler.

Quedate callado, entendé.

El joven debe rendirse. De rodillas oye el chasquido metálico de la ignorancia alrededor de sus muñecas.

Esto es inaudito. Sólo estaba haciendo arte.

Pero es inútil, como cuando putea a los perros que venían a ladrarle cada vez que regresaba a casa de madrugada. El perro es el mejor ejemplo de la simplicidad del hombre.

Un ignaro deja escapar un ladrido que se asemeja a una risa.

¿Arte?

¿Para qué explicar? La televisión, ese paco familiar sin reguladores, les brinda la experiencia de que son capaces de comprender algo de todo esto. El joven herido más que nada en su orgullo, incapaz de expresar su

frustración. Es que hay algo que se llama lenguaje, común a todos los seres humanos y sin embargo siempre tan descuidado. Subestimado.

¿Quién no se pondría a llorar cuando oye cómo se lo malgasta? Maldición, es una verdadera tragedia, y el motivo por el cual se desencadenan todos los malentendidos. Cuando Pandora abrió su caja, solamente contenía un televisor. Desde entonces todos los conceptos están equivocados.

Retomemos el ejemplo de este joven.

Dos gorilas lo alzan y lo tiran en la caja de la camioneta. Por el rabillo del ojo los ve rascarse su pelaje y comerse las pulgas entre sí. Chillan algo, pero son incapaces de hablar, no hay posibilidad de armar un texto coherente.

El joven siente sus miembros transformarse en una bolsa de arpillera. Piensa en Gregorio Samsa. Quiere decir algo, pero no tienen sentido las palabras. En su mente, ya está, la gente sencilla me ha doblegado.

Una galería de caserón antiguo puede ser reformada. Una pared hasta la cintura y una hilera de palitos de metal, un inodoro como foco infeccioso, un hedor insoportable a humedad y abandono. ¿Alguien opina que vivir en estas condiciones durante siete días es aceptable? ¿Bajo qué motivos los hombres condenan a los hombres a soportar las condiciones infrahumanas?

Es un galpón abandonado, es una cucha para los perros.

Te piden los cordones de las zapatillas con un estúpido pretexto, no quieren ver cómo se cometen locuras. Gran sofisma. La gente simple

carece absolutamente de sentimientos de empatía, razón por la cual siempre se vinculan al egoísmo y a la envidia. Que este joven se muera sólo le puede llegar a importar a su madre, y finalmente uno no sabe si no sería mejor ver al menos a una persona preocupado por él.

Es el alcohol, está bien.

O no.

El asunto de los cordones es una táctica de tortura. No se compara con la que utilizaban sus ancestros, al menos en ese sentido se han refinado. Pero la picana es otro asunto y una piedra angular sobre el motivo por el cual una institución que intenta instaurar el orden carece completamente de sentido.

¿Había controladores sociales portando lanzas en las calles de la antigua Grecia? ¿Había descerebrados en las cuatro esquinas del ágora? ¿Esperando qué? ¿Se robaban algo más que técnicas entre sí los sofistas?

El joven plantea cuestiones en voz alta. Nadie entiende mucho. Alguien se ríe, y ese resabio de crueldad desata una furia innecesaria. El joven golpea su cabeza contra los barrotes deliberadamente.

Es una pesadilla recurrente. De repente el niño en el circo es secuestrado y puesto en una jaula, condenado al paso de los días tras barrotes horizontales, soportando las miradas hirientes (aunque se inclinen ante sus muecas, nunca, nunca indiferentes) de los animales que tomaron la ciudad.

La presencia del virus es imposible de evadir. Si todo lo que te rodea es odio y rechazo enseguida uno se mimetiza con el medio. ¡Qué

simplicidad! Mimetizarse para ser aceptado en el entorno en el que otros desean colocarte, este es un principio básico sobre la determinación que ha de tomar un individuo. Inevitable como dije al principio del párrafo. Y sumamente simple. ¿Qué hacer? El libre albedrío nos permite ser borrachos y quemar nuestras mediocres obras.

Desgraciadamente el libre albedrío también permite utilizar la fuerza en lugar de las palabras. Creo que esto se volvió aburrido, las últimas dos frases apuntan a lo mismo.

El joven rabia hasta quedarse afónico, al menos no suelta la cháchara de alguien que cree tener derechos. Son preguntas que salen una tras otra como si Sócrates hubiese sido condenado a beber, en lugar de la cicuta, un litro de vodka luego de una botella de vino barato y con todas las poesías de Ésopo en la cabeza. ¿Cómo no hacer analogías entre animales?

Pero el cansancio también es ineludible, se sienta sobre un colchón húmedo y rotoso y se da cuenta de que ha despertado a su compañero de celda. Uno solo. El supuesto violador que figuraba en las amenazas del perro azul.

También es un muchacho joven, suelta una carcajada. Nunca violó a nadie, trabajaba en el campo cosechando arándanos o algo así. Una tarea sencilla si bien con una extensa jornada laboral. Entre doce y dieciséis horas para regresar a su casa cada día. Dos hijos pequeños. Obligado a la responsabilidad. Demasiado pronto, desde luego. Algo de testosterona lo condujo hasta acá.

Un día llega antes de lo esperado a su casa. Abre la puerta como tantas otras veces, una casa pequeña no otorga intimidad suficiente para evitar oír los resoplidos y gemidos del dormitorio. Su mujer y un conocido, solían compartir cervezas, lo había invitado a su casamiento. Parece que es bastante sencillo ceder a las pasiones sin medir las lógicas consecuencias.

Si uno es simple, no puede huir de esa sencillez.

Cinco puñaladas con el cuchillo de campo para empujarlo hasta la vereda. El infeliz se arrastra cincuenta metros y cae en medio de la calle. La gente simple es morbosa. Una multitud se junta y llaman a la policía.

No obstante no hay discusión, es inútil una vez más. Lo esposan y lo suben al patrullero. Cuenta todo esto compartiendo unos amargos con el recién llegado. El relato de otro ser humano lo ha calmado bastante. Al menos corrobora un puñado de pensamientos.

Como que la justicia no existe.

Como que dios no existe.

Mira con curiosidad una biblia de los mormones, la gente simple, cuando cae en la mala, tiene necesidad de creer en algo superior. Bien por ellos, pero yo no entiendo hasta cuándo lograré soportar el infierno.



LA SANGRE ES UN LUBRICANTE NATURAL

El auto frena. Mariano se sube.

—Uriel. —Se presenta, a la vez que extiende la mano al conductor. Un tipo que tiene poco más de cuarenta.

Está bien conservado pero Mariano tiene buen ojo para el tiempo y sus estragos cutáneos. Examina las patas de gallo del punto.

—Roberto. —Se presenta y estrecha la palma del acompañante. De perfil y con la penumbra, la cara del cliente le resultó conocida.

— ¿Tranquila la noche, no?

—Seee… —Dice confianzudamente el cliente y acelera por la autopista.

—Me estaba cagando de frío allá. —Mariano frota sus manos y ofrece su sonrisa. Joven.

Roberto lleva la mirada fija en el camino. Mariano deduce que está duro. Saca un cigarrillo del pantalón.

—Adentro del auto, no. —Dice Roberto y automáticamente Mariano guarda su Phillip Morris. El cliente siempre tiene la razón.

El auto sale de la autopista. Mariano, intentando dilucidar por qué se le hace familiar el tipo no alcanza a ver el nombre del telo.

—Te doy cincuenta. Nada más.

—Mirame bien. —Mariano esgrime su sonrisa adolescente. —Dejame ochenta y lo hacemos completo.

—Cincuenta y cinco.

—Setenta y cinco. Mínimo.

—Se nota que tenés hambre, papi, mirá que flaquito que estás. —Roberto palpa el cuerpo de Mariano con una sonrisa. La piel joven.

—Setenta y cinco o me bajo acá.

—Está bien. Pero completo.

—Lo que vos quieras, corazón.

Entran al cuarto. Roberto se mete en el baño, cierra la puerta. Mariano se desnuda al compás de la bolsita que abre Roberto en el baño, incapaz de disimular. Queda en calzoncillos.

Roberto sale narigueteando, mira de arriba abajo a Mariano y le sonríe con amabilidad, como un consejero.

—Esos ya no se usan casi…

Roberto desabrocha su camisa.

— ¿No te parecen más cómodos los boxers? Te dan más libertad…

Si algunos clientes no fuesen tan ratas, piensa Mariano.

—El slip es muy de los noventa. —Comenta Roberto como un entendido.

— ¿Qué sabés de moda vos? —Mariano no puede ocultar su tono ofendido.

Roberto sonríe mientras baja sus pantalones.

—Estudié algo de diseño. Me muevo en ese ambiente.

— ¡Qué bueno! Se ve que tuviste suerte… —Pero el tono de Mariano es indiferente.

—No me puedo quejar. —Roberto dice la verdad.

Se acerca a Mariano y le mete una mano dentro de sus calzoncillos. Enarca una ceja.

—Así me gustan.

Le baja el slip y le acaricia el miembro.

—Pero qué linda poronga… —Murmura Roberto.

Sin preguntar, el tipo se mete la pija en la boca. Primero chupa la punta, mueve la lengua con agilidad y raspa suavemente el glande entre sus dientes. Después los veinticinco centímetros de Mariano son engullidos por

completo. Luego resurgen. Roberto los vuelve a meter y juguetea con su lengua.

El hombre se tira en la cama, se quita los boxers y empieza a masturbarse. Mariano se coloca un preservativo.

—Vení.

Se coloca sobre Roberto mientras abre las piernas y se inclina hacia atrás, apoyándose en su espalda.

—Cogeme, papi.

Mariano le mete la pija hasta el fondo sin más preámbulos. Roberto cierra sus ojos. La poronga larga de Mariano se mueve rítmicamente, dura como un palo de amasar. La garcha de Roberto, también dura, choca contra su vientre una y otra vez, moviéndose hacia arriba y abajo, acariciando la joven piel suave de Mariano.

Roberto siente como se la sacan despacio, el joven agarra otro preservativo y lo sostiene con sus labios. Se traga despacio el ganso de Roberto mientras con los dedos desliza el forro a lo largo del tronco. Le lame las bolas a la vez que le aprieta la chota despacio.

Mariano se sube sobre su cliente y se mete la choronga en el culo. Se menea mientras cubre de besos el pecho de Roberto. Siente la tensión en sus piernas y el cliente se mueve más rápido, con más ganas que él. Los besos de Mariano ascienden por la clavícula, se entretienen en su cuello y lengua se extiende hasta el lóbulo de su oreja.

— ¿Así, corazón? ¿Te gusta?

—Seee….

El cuerpo de Mariano se eleva, sabe que a Roberto no le queda mucho. Sacude sus

caderas hacia delante y hacia atrás, rápido. Siente a Roberto bien adentro.

—Aguantá…

El tipo se quita a Mariano de encima apresurado pero con entusiasmo. Busca en sus pantalones. Extrae un artefacto de madera y se lo muestra a Mariano.

— ¿Qué es eso? —Sonríe.

—Una pera. Me la trajeron unos amigos de Europa la semana pasada. Es como un consolador.

Mariano estudia el aparato con la mirada. No es más largo que la palma de su mano.

—Dejame que te muestro como funciona. Ponete en cuatro.

El joven obedece y se coloca en posición sobre la cama. Siente la pulida madera metiéndose en su ano y detenerse de repente.

— ¿Hasta ahí llega no más? —Mariano no puede evitar un tono risueño.

—Con eso le alcanza. Igual ahora vas a ver como crece.

Pero lo que ocurre realmente es que no se ve, pero puede sentirse. Las paredes del ano del joven se expanden y siente una punta metálica, fría, en su cavidad. Lo sacude un escalofrío.

— ¿Qué hacés?

—No te preocupés. Es un tornillo nada más. Así funciona. Le doy una vuelta…

El ano de Mariano se abre un poco más, aprieta los dientes.

—…Y se agranda, ¿ves?

Mariano sacude el culo esperando que esa cosa salga sola.

—No te muevas, papi. Es peligroso. Te podés lastimar.

Roberto da otra vuelta y la pera se expande más.

—En realidad, lo inventaron como instrumento de tortura, no como consolador. No te dije nada porque quería probarlo. Estoy en pareja, ¿sabés? Y nos gusta probar siempre cosas nuevas, aunque también probarlas primero…

—Bueno, ya está. Me duele. Sacameló.

Otra vuelta. La punta fría lo hace estremecerse y cada vez que su cuerpo se sacude involuntariamente, la presión de la madera le produce dolor.

Roberto da dos vueltas rápidas. Mariano no puede contenerlo. Grita.

—Así me gusta que grites, papi. ¿Te gusta?

—No, no me gusta.

Mariano está furioso pero preocupado. No quiere moverse mucho. Esas últimas dos vueltas lo lastimaron. Mira por debajo de su cuerpo y ve unas manchitas de sangre sobre las sábanas.

—Aguantá un poquito.

Roberto gira el tornillo una vez más. Mariano esta vez contiene el grito, aunque el dolor es más fuerte que la vez anterior. Se le escapan unas lágrimas. Mira hacia las manchas, ahora otras le hacen compañía. Está lastimado.

—Sacame esto ya, la puta que te parió.

—Si no duele tanto.

— ¿Cómo no me va a doler, hijo de puta? ¡Sacameló!

—Si te duele, gritá.

Roberto mueve el artefacto una vez más. Mariano sólo puede ceder y grita. Grita porque realmente le duele, está sangrando y siente que

un extremo de su ano se desgarró. Roberto gira un poco más la pera y Mariano siente un líquido caliente sobre la espalda. El cliente acaba.

La pera no tarda en achicarse. Roberto la retira, la cubre con un pañuelo y la vuelve a guardar. Mariano, en posición fetal sobre la cama, siente que su ano late. Lo palpa y descubre sangre en la punta de sus dedos.

—Me hiciste mierda, la concha de tu madre.

Furioso, Mariano intenta levantarse pero siente una punzada en su espalda baja. Se lleva la mano instintivamente.

—No es nada, bombón. —le dice Roberto. —Andá a lavarte.

Mariano se levanta como puede y se mete bajo la ducha. El agua le hace arder la herida. Aprieta los dientes. Deja que el agua lo limpie. Se seca con cuidado, con papel higiénico.

Cuando sale del baño Roberto ya no está. Un billete de cien lo espera sobre el colchón. Al lado del papel, sus manchas de sangre ya se secaron. Toca su herida, la sangre empezó a coagularse. Todavía le queda alrededor de una hora en la habitación.

Enciende el ventilador de techo, se tira sobre la cama con el culo para arriba y prende la tele. Hace zapping.

Se detiene en un canal donde hacen una entrevista a un diseñador de ropa. La sonrisa es inconfundible, la manera de hablar y el mismo peinadito de gay cuarentón de recién. No hay duda.

El rostro le resulta extremadamente familiar, aunque en la realidad es más petiso. Y más sádico, por cierto.

Mariano murmura en la habitación, solo.
— ¡Cómo no me di cuenta!



LA OTRA ALTERNATIVA

Papá tenía una familia secreta en la heladera. Todas las mañanas que decía salir a trabajar, en realidad se metía en el aparato.

Un día se fundieron los burletes de la heladera y conocí a mi medio hermano.

Quise abrazarlo, pero como era verano, me dijo que lo más prudente sería conservar la distancia ya que podría derretirse.



INVITACIÓN AL PARAÍSO (PRIMERA VERSIÓN)

Los días pasaban entre siestas y largos paseos por la costanera. A veces despertaba, y la televisión continuaba encendida. No podría precisar el momento en que lo había hecho.

Por eso prefería abandonar la penumbra.

Una tarde, al borde de la rambla, sentado sin saber qué hacer, totalmente confundido. La intervención no había funcionado, el mundo era un lugar demasiado intrincado pero a la vez tan sencillo que requería toda mi paciencia. Lucidez, eso era lo que necesitaba.

De pronto, sentía que alguien me rondaba. Estaba demasiado ocupado con mis pensamientos, preguntándome dónde podría ir si me continuaba sintiendo así de mal.

Una anciana se acercó a mi, dubitativa. Pronunció un buenos días casi inaudible, pero necesitaba tanto oír la voz de otra persona que respondí, en un tono más audible.

Me entregó un volante mientras decía unas palabras que no me esforcé en memorizar. Una rápida lectura del folleto confirmó mi decepción frente a la realidad.

¿Cree que Dios no tiene un plan para usted?

O alguna estúpida frase similar, en realidad no me acuerdo, pero todas estas frases diseñadas por inescrupulosos comerciantes eran similares. Invitaban a ponerle precio a lo último puro que había tenido el ser humano: la fe.

La anciana llevaba unas gafas gruesas, pero aún así pude ver el vacío en sus ojos. Era tan similar a mi.

Inmediatamente sentí repulsión ante la familiaridad. Y mi decepción se volvió congoja. ¿Quién sino un evangelista podría hablar con el solitario de la rambla?

Sin embargo, éste era un claro ejemplo de lo sencilla que es la realidad. Hay excepciones, claro está, cuando la realidad se deforma y otorga un sentido a nuestras vidas o alguna anécdota memorable. Esto sólo ocurre a través de las intervenciones del Caos, fuerza indómita siempre quebrando las barreras de la realidad. Pero el Caos aparentemente me había abandonado en aquella ocasión, y la repulsión se intensificó mientras la vieja iba explicando el folleto entre mis manos.

No tenía necesidad de escuchar aquello, era suficiente. Abollé el papelito entre mis manos y lo tiré al suelo, a pesar de la clara advertencia

de no arrojar papeles en la vía pública. Me sorprendí, pero no del todo, que un panfleto como aquel tuviese una sentencia propia de los volantes publicitarios.

Pero sí, después de todo, la realidad es bastante simple.

Me levanté sin decir palabra y me alejé tranquilamente sin mirar el rostro de indignación de la vieja. Me dio lástima por ella, pero explicarle el ritmo de mis pensamientos y justificar mi acto aparentemente rebelde no serviría de nada.

Si volvía se pondría a hablar de Jesús otra vez, como si hubiese existido siquiera. Que se ofende la vieja, que se joda.

Cuando miré hacia atrás la vi levantar el panfleto y plancharlo con sus manos para quitarle las arrugas. Como si tuviera algún sentido hacerlo.

Me dio algo de lástima, pero la compasión no es algo útil tampoco. En términos tan sencillos como la realidad misma, aquella anciana no era más que otra vieja de mierda.

Tras este recuerdo y algunas lecturas de Hegel no puedo evitar pensar en cómo contextualizaba las relaciones de pares.

Para este filósofo los individuos se dividen en mentes. Las hay fuertes y débiles. Los débiles, obviamente, se doblegan ante el fuerte, el cual acaba poseyendo el control de la relación.

Las mentes fuertes, no obstante, pueden optar por un estancamiento evolutivo o continuar su búsqueda sin más, en pos de algo que represente un verdadero desafío, una mente de su misma fortaleza.

Cuando dos mentes fuertes se encuentran, las relaciones se vuelven caóticas, por lo tanto, productivas. Ninguna se doblega ante la otra, y para la subsistencia es necesario un común acuerdo entre las perspectivas individuales. Cuando dos realidades se conjugan de esta manera, la transformación de los seres es continua.

Las mentes débiles buscan constantemente mentes fuertes, por naturaleza, no pueden evitarlo.

Las mentes fuertes buscan a sus iguales, están destinadas desde un principio.

Sin embargo, la realidad es variable, ya que muy a menudo las mentes fuertes (en el camino a su evolución) buscan mentes débiles donde ejercer su individualismo con plenitud (y por eso mismo acaban quedándose en el camino). En psiquiatría sería lo que se llama un comportamiento psicópata, tan común en nuestros días.

Se lo ve en políticos demagogos, valga la redundancia, o hasta en los peldaños jerárquicos de la más minúscula secta.

Las mentes débiles se nutren con el comportamiento de estos enfermos mentales, y aplauden ante el pronunciamiento de un discurso o la mención de un ídolo. En ese discurso, en ese ídolo, creen hallar la fortaleza que su mente necesita.

Pero no es así.

El psicópata sólo le da cobijo, la idea de una promesa tan sólo sirve como refugio, o, mejo aún, como una pensión desvencijada.

La mente fuerte cumple su reinado, el cual generalmente culmina con muerte.

Normalmente, una mente débil que pudo haberse fortalecido (porque estas cosas ocurren) ya no estaría allí, pero si en cambio permanece y antepone su fuerza mental ante los otros, se transformará en la misma bestia repulsiva que su predecesor. Y la historia se repetirá. Para los griegos el infierno consistía en la constante repetición de hechos cruentos. Creo que con esa analogía ilustra bien mi punto de vista.

Y sin embargo, me pregunté por qué la realidad coloca trabas y diferencias tan evidentes en el encuentro entre dos mentes débiles.

Con ingenuidad.

No tardé en aprender que estas relaciones son más comunes de lo que parecen, pero que acarrean mucho más Caos.



BORRACHO EN EL CONFESIONARIO

Joaquín se había emborrachado de nuevo. Cada vez que lo hacía parecía peor que la anterior. Probablemente esto ocurría porque no hay mayor desafío que el presente y lo pasado, pisado.

Después de algarabía sociable que brinda el alcohol, y por seguir bebiendo, Joaquín se puso muy triste. Dando tumbos, logró finalmente ubicarse en una mesa.

A su lado, Pablo fumaba un cigarrillo tranquilamente, sabiendo la escena que vendría a continuación.

—Tenía ocho años… —Comenzó Joaquín, sus palabras temblorosas— Mamá había salido y

papá laburando. Mamá había ido a hacer unos mandados, enseguida volvía.

Pablo aplastó su cigarrillo contra el cenicero, miró a Joaquín e intentó prestar atención a su historia, más por aburrimiento y por la hora que era. Tan cerca estaba el final de la noche.

—Era verano cuando me dejaron al cuidado de Walter. Él era el hijo de la vecina. Walter tenía veinte… No… Veintiún años. Estaba a unos gramos de ser obeso y era bastante simpático. Mamá le tenía la confianza suficiente como para dejarlo al cuidado de su más preciado tesoro en aquel entonces.

“Walter me hacía compañía regularmente, jugábamos al Atari que tan de moda estaba entonces durante horas y horas. Y lo disfrutábamos.

“A mí me dejaban encerrado en casa, el suburbio le generaba demasiada desconfianza a mamá y recién siete años después supe lo que era un potrero. Sí, reíte, pero es la verdad.

Joaquín lanzó una risa estrepitosa y ruidosa, molesta. Pablo ni siquiera había sonreído.

—Era verano, y con cuarenta grados de térmica, la pelopincho era el paisaje ideal para pasar la tarde. Una mediasombra era refugio suficiente para la lluvia de rayos ultravioleta.

“El agua me llegaba hasta el pecho, y con los rollitos que tenía, y sigo teniendo, era como un chanchito acuático con la felicidad de un cordero.

“Me zambullía, jugaba a que nadaba pero la profundidad no era suficiente para hacerlo de verdad. Sin embargo el largo de la pelopincho era aceptable y podías hacer la plancha al

menos. Es cansador, eso sí, con los kilitos que acumula un chico saludable.

“Walter me miraba desde el borde, aprobando mis infantiles volteretas con una sonrisa y fingiendo molestia cuando lo salpicaba con una gotas. Me acerqué al lado de él y lo invité a un concurso para ver quién aguanta más la respiración bajo el agua. Complaciente, me sigue la corriente y me deja ganas unas cuantas veces.

“Pero al ratito me aburro, viste cómo es uno de chico… Nos salpicamos y corremos de un extremo a otro de la pelopincho. Por ahí, un movimiento brusco deslizó mis shorts por debajo de mis nalgas y con pudor me apuré a acomodarlos. Walter se rió entonces desde el otro extremo de la pelopincho, y empieza a imitar lo que me había pasado en tono de broma. De espaldas, se bajaba y se subía rápido el traje de baño. Un culo grande y gordo color café con leche, con apenas unos pelitos surgiendo del surco superior, me provoca risa.

“Entonces me doy vuelta yo y lo imito, con la misma velocidad pudorosa de la primera vez. Lo hago continuamente, riendo, hasta que una palmadita, tímida, suave, me sorprende en mi blanco y gordo culito. Me acuerdo bien que me di vuelta y él me sonreía, así que supuse que estaría todo bien. Él vuelve a bajarse el bañador y yo le devuelvo las palmaditas.

“Después de un rato, y aún riendo, Walter va a un extremo de la piscina y me llama. Yo me acerqué y me senté a su lado. Siguió con la misma gracia, ahora sentado deslizaba su traje de baño un segundo y lo volvía a subir. En una

de esas, le veo la poronga. Abro los ojos como platos y yo que soy un boludito, lo imito.

“Walter lo volvía a hacer cada vez que yo lo hacía, pero le agregaba pequeñas variaciones. Por ahí se agarraba la pija y estiraba la piel para atrás. Y yo lo imitaba, pero con una garchita de la mitad del tamaño del dedo índice de Walter.

“En una de esas él saca la morcilla y la tiene bien dura. Lo aprieta y lo suelta y se va poniendo cada vez más grande.

“Yo saco mi pitito, tiro la piel para atrás, lo aprieto y lo suelto y siento que se me para un poco. Hago los mismos movimientos una y otra vez, me lo aprieto un poquito más cada vez y siento cómo se expande dentro de mi puño cerrado. Walter sigue haciendo lo suyo, el ganso le crece del tamaño de la mano.

“Después veo, y esto no me lo olvido más, cómo empieza a deslizar sus dedos por el tronco. Rápido. Para arriba y para abajo. Entonces se frena y deja al descubierto una poronga gorda y dura que le choca con la panza. Yo también me frené, haciendo fuerza en vano para quedar del mismo tamaño.

“Ahí mueve una mano por debajo del agua y con una mano me cubre el chizito, la cierra alrededor mientras siento como late en toda su extensión.

“Saca la mano y toma la mía, la lleva por debajo del agua hasta su verga. Pone mi mano sobre la punta e, instintivamente, cierro mi mano, sintiendo latidos como si estuviese frente a un corazón agitado. Lo miré y estaba sonriendo.

para que el juego continuase, pero me ignoró por completo.

“Salió de la pelopincho, secó su cuerpo fofo y se puso una musculosa.

“—¿Cómo se portó el nene? —Escuché a mamá preguntando en la cocina.

“—Bien, bien. —Contestó Walter, simpático y tranquilo.

“Después nunca más volvimos a quedar solos en casa. Un tiempo después dejó de venir a visitarme. Nunca supe por qué, o si le había gustado lo que había hecho tanto como a mí.

Joaquín dio un golpe fuerte sobre la mesa.

—Sí. Me gustó. Me gustó.

Pablo miró la hora en el reloj de la pared, incómodo.

—Nunca le conté esto a nadie, ni a mi vieja. Vos sí que sos un amigo, Pablito.

— ¿Y por qué mierda me contás estas cosas a mí? ¿A quién le interesan esas asquerosidades?



DENSTER REGRESA

Denster había muerto unos días atrás. A pesar de esta grave disfunción, una mañana su mujer lo encontró encima de ella, manoseándola.

Apretaba sus pechos caídos y besaba su cuello apasionadamente, pero el asqueroso hedor fétido de carne en descomposición y órganos podridos la deserotizó al instante.

Lo apartó de un empujón e intentó echarlo de su casa, pero Denster se rehusó porque, a fin

de cuentas, esa casa era tanto de él como de ella.



LAS SOCIEDADES SE ENFERMAN A SÍ MISMAS

Después de un tratamiento siempre quedan secuelas, cosas pendientes. La peor de todas en los tiempos que corren es, sin lugar a dudas el seguimiento del paciente.

Terapia de grupo. El taller tenía un título apropiado.

APRENDIENDO A RELACIONARNOS

A mis ojos un grupo de gente normal, cotidiana, que pasaban la tarde contando anécdotas del día a día tras su recuperación. Apoyo mental. Cuando te sentís mal, según no sé qué estúpida teoría, compartir el dolor con otro hace más ligera la carga.

Bendita estupidez. No hay nada peor que dos personas reunidas en llanto en una sala llena de desconocidos que actúan de la misma manera.

Por aquel entonces ya no tenía ganas de llorar. Me sentía bastante triste, es cierto, pero supongo que el que me quitasen parte de mi medicación tenía algo que ver. Algo así como un síntoma de abstinencia, una depresión, una sustancia que se segrega después de mucho tiempo, inundando los canales del sistema nervioso, imponente como un río que destroza una represa.

Pero nada de llanto.

Fue una verdadera lástima, porque enseguida me sentí atraído por una chica muy simpática. Morena, delgada, una bella sonrisa y un culito redondo como una manzana. Hablaba conmigo, me contaba sobre lo difícil que era sobrellevar el día a día. Concluía con un optimismo a regañadientes que al menos continuaba con vida y la apreciaba más que nunca. Se secaba una lágrima pequeña del borde del ojo, sin poder ocultar las profundas cicatrices en sus muñecas y a lo largo de sus brazos.

Yo apoyaba una mano en su hombro mientras ella tenía la cabeza gacha, le decía palabras de compasión, y daba un ejemplo cotidiano que inventaba. La mayoría de las veces mi discurso terminaba con una sonrisa, ya que me era imposible sonar más lacónico. Eso me ocurre cuando miento, no puedo sonar tan serio como quisiera.

A mi alrededor otros grupos se estrechaban en llantos, y lamenté verdaderamente no poder llorar y acariciar la bella piel de mi compañera.

Finalmente no pude contenerme, y como tantas otras veces mi discurso le había levantado el ánimo, rematé la conversación invitándola a salir. Me miró sorprendida, no supe por qué. El silencio duró sólo unos segundos pero mi risa se volvió rígida y nerviosa al percibir el rechazo.

Ella no volvió a la semana siguiente, y fue una verdadera pena. Supongo que nos hubiese ayudado a ambos el dejar de estar tristes.

*

Así que todo estaba más o menos como al principio. Seguía aprendiendo a relacionarme. Incluso de las cosas que salen mal se aprenden.

Mi última habilidad era la de poder hilvanar hechos intrascendentales como lo hace la mayoría de los seres humanos. Que sean verdad o mentira poco importa en estos casos.

Sin embargo parecía haber alguien en un nivel más avanzado que el mío. Cuando yo llegué ya estaba allí desde hacía tiempo. Se hacía llamar Tewal. Todos le decían Tewal. Sufría esquizofrenia y a pesar de la gran cantidad de medicamentos que consumía se lo veía lleno de energía. No andaba ni atontado ni perdido. Muy pulcro y cortés, simulaba su disfunción a la perfección.

Tewal era, ante todo, un narrador. Pero un narrador descabellado, casi a la altura de un Boris Vian si se le soltaba un poco la lengua. Pasaba horas y horas hablando, con uno y con otro, tanto como le diese el tiempo. Hilvanaba sus imposibles historias y muchas veces él también suscitaba una sonrisa después de sus palabras. Así es, cada vez que habría la boca la cagaba, le salía toda la puta esquizofrenia por la boca como un vómito espeso de historias cotidianas en las que el era el héroe (o el anti-héroe, dado el caso) de la tierra del Diazepam. Lo verdaderamente malo eran sus finales banales, carentes de toda sorpresa. Uno no sabía si reír o llorar, pero la mayoría no podía evitar simplemente sonreír. No te entiendo, pero me estás enseñando mucho. Y su interlocutor quedaba contento suponiendo que para que el mundo sea mundo tiene que haber todo tipo de personajes.

*

No pasó mucho tiempo hasta que me llamó la coordinadora del taller. Estaba molesta por algo que pude dilucidar al instante, me citó uno de los preceptos del taller: no es bueno para el tratamiento que los pares intimen.

¿Intimar? ¡Pero si yo no había intimado con nadie! ¡Soy inocente! ¡Inocente y boludo, como todo inocente!

La coordinadora dice que recibió un llamado de una de las chicas que dejó de venir, explicando los motivos. Pude ver en su mueca de desprecio que no era el primero que intentaba quebrar una de sus reglas, y vi escondidas en sus profundas patas de gallo sus deseos frustrado por no haber podido estudiar una carrera en medicina y tener una profesión más útil. Ella era peor que los doctores.

No estaba bien, decía ella, que los pacientes se vinculasen emocionalmente.

¿Pero acaso no llorábamos juntos?

Era distinto. Una cosa era tener un compañero en el dolor, y otra muy distinta una pareja de psicóticos juntas. ¡Quién sabe lo que serían capaz de hacer!

Le digo, con sarcasmo, que creí que estábamos aprendiendo a relacionarnos.

Para ella mi cinismo sólo era un mecanismo de defensa.

¿Un mecanismo de defensa? ¡Muy bien, me defenderé de insectos como usted y como ella que la llama por teléfono! ¡Ni siquiera tuvo el valor de rechazarme desde un principio!

Me pide que me relaje. En realidad estoy relajado, me divierte la necedad de los que tienen la razón siempre.

Me repite por tercera vez el precepto fundamental de no fraternizar y agrega que a pesar de todo es muy normal sentirse así de confundido. Sobre todo cuando se está solo. Venimos a aprender a relacionarnos con el exterior.

¡Qué estupidez! ¿Por qué querría relacionarme con eso?

Ella sonríe, nerviosa y yo también.

Lo que pasa es que, según ella, todavía estaba confundido.

¿Aprendamos a relacionarnos? ¿Yo confundido?

Y después de eso no volví a tener conexiones con aquel grupo.



ÁFRICA II

Cuando crecí, mi madre adoptó un niño de Mozambique. En realidad fue todo una farsa.

Una tarde, mientras los oía hablar, el niño de repente dijo "Batería baja" y luego se quedó en silencio.

Mamá no pudo ocultar una mueca de vergüenza en su rostro.



EN LA GUARIDA DEL DOBER

El Dober le pregunta a Josele qué onda, si va a venir.

Sí, ya viene, le confirma Josele con una sonrisa.

Josele le pregunta al Dober qué onda, si va a traer la guita.

Y el Dober se levanta y no tarda en volver.

Deja caer quinientos mangos sobre la mesa y luego su puño golpea el borde. Ansioso. Le dice que quiere ver todo el asunto, que no quiere que lo caguen como la vez pasada.

Quedate tranquilo. Josele.

Un celular vibra y Josele lee el mensaje en voz alta. Estoy abajo abrime.

Se pone de pie de un salto y le avisa al Dober que lo espere.

Josele abre la puerta y se pierde bajo las escaleras. El Dober mira sobre la mesa. La guita no está.

Está todo bien sabe el Dober, se sienta en uno de los sillones y se prende un pucho. Prende el televisor. Se queda mirando una mina en pelotas. Los rayos catódicos del viejo aparato transmitían a los espejos de su alma las inalcanzables tetas de Rocío Marengo. Y su culito.

El Dober viaja como un témpano en un vaso de cerveza. Demasiados porros.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Quince minutos? ¿Diez? Josele tendría que haber estado de vuelta en cinco minutos.

El Dober se mira la muñeca, el reloj. Qué onda, piensa.

Sí, podrían cagarlo de nuevo. Esta vez había puesto una suma grande. Y la idea era recuperarla.

Sí, Josele sería capaz de brindarle su confianza hasta que la guita fuese mucha. Al principio nada más le hacía la onda para él. Un cien pesos, un doscientos si tenía que laburar todo el fin de semana. Eso pasaba casi siempre, y para solventar los gastos se puso a vender entre los clientes de la barra.

Así que el negocio prosperó.

Pero antes de Josele, se había comido las mil y unas. Habia muchos giles en la calle. Josele se los conocía a todos, pero este con el que iban a hacer la historia ahora no le caía bien al Dober. La semana pasada habia pegado una suma mínima por ser fin de año y la cosita no valió la pena.

Serían muy capaces los dos de hacerse los boludos con la guita.

El Dober se pasa una mano por la cara. Transpira. Arriba del televisor la botella de cerveza está vacía.

El Dober cierra los ojos.

Se pone en pie de un salto y agarra la botella por el cuello. Parte la mitad sobre el televisor y la imagen comienza a verse lluviosa. Baja las escaleras corriendo.

En la vereda Josele y el otro gil se fuman un churro y hablan.

El Dober le pregunta a Josele qué onda.

Josele sonríe y le presenta al transa. Pichón. Se dan un fuerte apretón de manos mirándose a los ojos.

El Dober vuelve a preguntarle a Josele, qué onda.

Aguantá que él no tiene, pero recién mandamos a un pibito acá a dos cuadras, a lo del Polaco. Es conocido del chabón, dice que tiene la onda allá.

La calle está llena de extrañas promesas.

Ya fue, dice el Dober y le muestra la botella a Josele. Con el Dober no se jode.

El vidrio se entierra en el vientre de Josele y comienza a rasgar en dirección ascendente.

El Dober no se detiene, la sangre de su compañero mancha sus brazos, su rostro y su pelo.

Josele no puede parar de gritar por el dolor, y el Dober retuerze el vidrio atravesado en las entrañas. Quiere despedazarlo. No le importa nada, ni siquiera el escándalo de la motito del transa, que se va a la mierda.

Josele cae al suelo y el Dober le revisa los bolsillos. Tiene todos los billetes prensados en ambos bolsillos. Era sabido.

El Dober mira hacia atrás y ve un patrullero acercarse a toda velocidad. El ruido de la sirena va inquietando sus tímpanos, hasta que se detienen frente a él.

El Dober se pasa una mano por la cara. Transpira. Igual que una botella de cerveza bien fría arriba del televisor.

El Dober cierra los ojos.

Y los vuelve a abrir.

Escucha el ruido de la puerta que se abre. Josele entra al departamento.

Y, qué onda, le pregunta al Dober. Te quedaste dormido, amigo.

Sí, ¿pintó? El Dober.

Josele abre una bolsa con un ladrillo. El Dober sonríe.

Viajaste, chabón, dice Josele.
El Dober sigue sonriendo.
Vamos a armar una.



LEILA O ALREDEDOR DE 7920 DÍAS

Leila se levantó, se bañó, se masturbó pensando en el hombre de su vida (el cual, por cierto, aún no había aparecido), desayunó (previo paso por el placard) y luego de maquillarse salió a la calle. Eran las siete de la tarde y el mundo parecía aún dormido. A pesar de eso el calor era insoportable, así que ella revisó su cartera y sacó un cigarrillo. Lo encendió con su mirada. Lo digo literalmente y no sé si por algún misterio calórico del exterior de Leila o de su interior.

Lo cierto es que esta chica de tan sólo veintidós años llevaba aproximadamente siete mil novecientos veinte días (digo aproximadamente porque no tuve ganas de hacer el cálculo incluyendo los años bisiestos), lo cual equivale a veintidós años, sin tener ningún tipo de contacto sexual.

Todas las noches salía a caminar por la ciudad, la gente la miraba, los hombres la miraban, pero nadie le dirigía la palabra. Ella era una chica muy tímida y no sabía cómo debía dirigirse a los caballeros para que éstos la inviten a pasar la noche acompañada. De repente le había pasado por la cabeza de que el mundo estaba siendo gobernado por ascetas que querían ganarse el cielo previendo la llegada del Fin del Mundo y la reencarnación

del Señor JodeCristo, ese reptil impotente que se proclamaba Salvador (¿de quiénes? Si el loco nunca había agarrado una lanza) e Hijo del Hombre (¿De qué Hombre? ¿Acaso un Hombre de quién él ignoraba su nombre? El muy imbécil puso en duda hasta la decencia de su madre).

Leila miraba de reojo a todo los hombres que pasaban a su alrededor. Desde niños de doce o trece años, hasta hombres cincuentones o (pero ya sin saberlo) sesentones. Leila ignoraba hasta que edad un hombre es capaz de mantener una erección, pero tenía el vago presentimiento de que cruzando cierta edad (ella no sabía cuál edad) el hombre no podía cambiar su amor.

Esto la perturbaba un poco, pero no lo suficiente como para quebrar sus esperanzas.

Se sentó en una plaza, abrió un ejemplar de La luna se ha puesto, de John Steinbeck; más precisamente abrió el libro en la página ochenta y comenzó a leer en donde lo había dejado.

“(…) —Diga a Madame que venga— replicó el Intendente.

Enseguida de salir Joseph entró Madame:

— No sé cómo se puede gobernar una casa en la que hay más gente de la que cabe. Annie está malhumorada constantemente. (…)”

Era una novela de bolsillo en su sexta edición publicada por la Editorial Sudamericana, primera en la Colección Piragua, Publicada en diciembre de 1961 e impresa en Argentina; quedó hecho el depósito que previene la ley 11.723 según me explican, confío en que así sea aunque no sé a qué se refiere. Además el ejemplar está dedicado (por el autor) a Pat Covici, gran editor y amigo, según confiesa. La

traducción es de Pedro Lecuona, el dibujo de la portada es de Ricardo de los Heros y el título y las características de esta Colección han sido debidamente registrados. Finalmente, y como todos sabemos, queda prohibida su reproducción, aunque en este caso no aclara si la prohibición es total o parcial, así que deberíamos probar... Primero hacemos reproducciones parciales de la obra: si no hay problemas deducimos que infringíamos la ley si hacíamos una reproducción total, como mediante hojas mimeografiadas.

Pero la verdad es que a mí no me preocuparía que mis obras fuesen reproducidas total o parcialmente, incluso si mi nombre no figurase y es porque sé que están tan mal escritas y son tan pésimas que nadie en su sano juicio se atrevería ni siquiera a imitar mis maneras de expresión cotidiana. Fijensé en lo mala que es esta obra (la cual, por cierto, aún no sé si es un cuento o un relato o un mero ejercicio para poder entrar en los reinos del sueño) que ya me perdí en lo que iba diciendo y ahora tengo que empezar a leer todo desde el principio para poder continuar con la historia. Me da algo de pereza la idea y no sé si hacerlo, podría contarles el final que se me acaba de ocurrir y poner el punto final, pero la idea me parece muy trucha todavía, aunque tal vez en otra ocasión lo haga.

Bueno a ver cómo va esta historia...

Como estaba diciendo (o escribiendo, a esta altura ya ni sé ni me importa) Estaba leyendo este libro de John Steinbeck; más precisamente en la página ochenta. Mientras tanto, y como inconscientemente, pasaba una mano suave

por su pierna de manera incitante (o al menos eso le parecería a algún degenerado como yo). Leila... La recuerdo de cuando teníamos seis años, ella iba al jardín conmigo, luego a primer grado, creo que fue conmigo hasta tercero... A ningún chico le gustaba por el motivo que todos sabemos: cuando se tienen seis o siete años (al menos cuando yo tenía seis o siete años) no todos los niños suelen ser sexópatas como yo. Y sí, lo confieso, yo desde esa edad pensaba en mis instintos.

Pero esta Leila es otra, o la misma pero resucitada en fantasías, qué se yo, la verdad ya poco me acuerdo de la historia original. Yo sólo quería pintar con palabras un retrato de cómo me la imagino a Leila por estos tiempos, aunque, para ser sincero, su rostro se ve difuso a través de los vapores neblinosos que expelen los años.

Leila leía su novela de bolsillo que hablaba de un mundo en paz donde regresa la guerra, mientras pensaba en que ningún hombre de aquella ciudad (tal vez ninguno de aquel mundo) le daría bola. Y Leila no estaba mal, era una chica bastante linda, y si uno andaba con hambre bien podría haberse acercado a ella.

Tal vez ningún hombre quiera hacerlo con ella, tal vez deba inventar a una mujer para que le haga compañía y analizar psicológicamente a los hombres de este mundo que he inventado para Leila.

Yo te diría que los hombres son así con Leila porque yo, con toda mi tiranía inconsciente, considero que ningún hombre de ese mundo ficticio está a la altura de Leila, tan sólo yo merezco estar con ella... Porque ella estuvo

conmigo alguna vez, aunque quizás ambos éramos inocentes (aunque, lo reconozco, una mucho más que otro).

Ahora puedo fantasear con que en la actualidad eres una lesbiana en contra del mundo que se traviste, y saliva cuando su garganta se llena de flema, y ha besado unas cuantas chicas hasta la fecha, y ha hecho el amor con miles que la han tomado como el hombre más sexy del mundo.

Esta noche prefiero quedarme con esta imagen de Leila, en parte porque las lesbianas excitan a mi mente (¿para qué negarlo?); en parte porque en este preciso momento estoy muy solo, y me haría mal saber que ella, que alguna vez pudo estar conmigo, ahora sufre lo mismo que yo.

Obviamente, no debe ser así.

---

signaresicare@gmail.com
